

Los versos de Pandora

DESCUBRE EL PODER DEL NOMBRE DE DIOS

TOMO I - PRINCIPIO

WILLY M. OLSEN



KOLIMA
BOOKS

Título original: *Los versos de Pandora*

Primera edición: Septiembre 2018

© 2018 Editorial Kolima, Madrid

www.editorialkolima.com

Autor: Willy M. Olsen

Dirección editorial: Marta Prieto Asirón

Maquetación de cubierta: Sergio Santos Palmero

Maquetación: Carolina Hernández Alarcón

Colaboradores: Judit Arís Moreno

Fotografía del autor: Papo Waisman

ISBN: 978-84-16994-93-9

Depósito legal: M-24562-2018

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Este libro está dedicado a los míos

*A mi familia, por descontado.
A mi amor, para siempre.
Y a todos los amores que tanto me han enseñado.*

*A mis amigos y amigas,
pasados, presentes y futuros,
que han contribuido a forjar mi camino.*

*A todas esas personas
que se han cruzado alguna vez en mi vida
y que han sabido dejar su huella.*

*A los personajes de esta historia,
que tienen un alma propia aunque vivan en estas páginas
y que me han guiado por los pasajes
en los que me había perdido.*

*A los números y a la matriz que aquí se expone,
que me ha fascinado y me ha regalado una
experiencia vital única que me gustaría compartir.
Ellos son el motivo de escribir este libro.*

*Y, finalmente, a mí mismo,
con el orgullo de haber completado este legado.
A vosotros, todos los míos, solo os puedo decir, ¡gracias!*

PRÓLOGO

Puedo afirmar que he escrito esta novela entre mis cuarenta y mis cincuenta años de edad. Algunos atisbos ya estaban esbozados antes, pero no mucho más.

La matriz numérica que constituye su eje fue un descubrimiento curioso del final de mi adolescencia, si es que alguna vez esto es algo que se nos acaba a los hombres. Esta estructura de números me miró descaradamente y yo intuí que tenía mucho más que contarme de lo que estaba percibiendo. Con los años, su armónica complejidad me fue revelando sus sutilezas. Traté de explicárselo a algunas personas pero era difícil. Entonces fue cuando tuve la idea de componer este libro.

Las piezas se fueron estructurando. Los personajes cobraron vida pronto y me ayudaron mucho contándome las cosas que tenían que ocurrir. Investigar la historia fue una tarea ardua, a veces pesada. He tratado de sintetizarla de la forma más amena posible e integrarla en la narración para que vaya paseando por los hechos como un detective en pos de su pesquisa.

He buscado proporcionar una visión distinta de algunos hechos históricos relevantes, de cuya herencia nosotros somos los depositarios. He querido urdir una trama entretenida, que cautive al lector y que le invite a continuar. Y para aquellos que busquen más, he tratado de explicar los matices y los entresijos de una matriz de números que, a mi juicio, subyace en la estructura de la misma realidad.

Esta novela no persigue un misterio que acaba quemado, hundido, enterrado o destruido en el último momento sin desvelar sus entresijos. Lo principal en esta narración es adentrarse en ese misterio, aunque para ello haya que leerla entera. Espero sinceramente que el lector lo disfrute y le invite a alguna reflexión. Este es el mejor elogio que un escritor puede recibir.

Creo que esto es lo más relevante que se debe conocer del autor. El resto es decoración.

NOTA DEL AUTOR

Este libro fue originalmente escrito con un total de 666 páginas de contenido y está estructurado de acuerdo con la matriz numérica que describe el nombre de Dios, más concretamente del uso que se puede hacer del poder latente en dicho nombre, tal y como se narra a lo largo de esta historia.

A efectos de maquetación y de favorecer su lectura, la editorial ha modificado la presentación original; sin embargo, salvo en lo que respecta al número de páginas, se ha respetado su estructura y todos los elementos clave que lo componen.

El número 666 habitualmente se ha atribuido al número de la Bestia, o al diablo. Dejando los prejuicios aparte, este número habla de dos cosas: del poder que puede invocar el hombre y de la responsabilidad inherente a dicho poder.

La Cábala considera que el nombre completo de Dios se esconde en el número 216 y que un gran misterio protege la pronunciación de este nombre. Curiosamente $6 \times 6 \times 6 = 216$. El capítulo 13, versículo 18, del Apocalipsis cita: «Aquí hay sabiduría: el que tiene entendimiento, cuente el número de la Bestia, pues es número de hombre. Y su número es 666». O, en otras palabras algo más cotidianas que las antiguas escrituras:

¡Utiliza bien tu poder! ¡Actúa de forma responsable! ¡Y no seas bestia!

ÍNDICE

TOMO I - PRINCIPIO

Capítulo I

1. LA LÍNEA DEL HORIZONTE

Años 1107 a 1110 - Norte de África y Al-Ándalus

1. Perspectiva 16
2. Acuerdos y desacuerdos. 33
3. Palabras de más y de menos 50
4. La acción correcta. 66
5. Subsistir 82
6. Esfuerzos 99
7. Darse cuenta 116
8. Samadi 133

Ilustración: Tareq

Apuntes históricos. El mundo islámico 151

1. Tao - Lao Tsé (s VI a. C.)

Capítulo 2

2. EL SENTIDO DEL CAMINO

Años 1109 a 1110 - Soria, España

1. Como es arriba es abajo... 170
2. Toda causa tiene su efecto 186
3. Todo es mente 203
4. Todo masculino tiene su femenino 220
5. Todo vibra. Nada está inmóvil 237
6. Todo tiene dos polos. 252
7. Todo fluye y refluye 271

Ilustración: Rodrigo

Apuntes históricos. Reinos cristianos de Hispania (1) 293

2. Yin Yang - Zaratustra (s VI a. C.)

Capítulo B

3. LOS NUDOS DEL AZAR

Año 1110 - Toledo, España

1. Dividiendo	313
2. Sumando	332
3. Restando	349
4. Multiplicando	367
5. Calculando	384
6. Resultados	403

Ilustración: Nur

Apuntes históricos. Reinos cristianos de Hispania (2) 421

3. I Ching - Confucio (s VI a. C.)

Capítulo A

4. LA MIRADA DEL MUNDO

Años 1110 a 1111 - Sicilia

1. Paisajes	441
2. Manjares	456
3. Abrazos	472
4. Esencias	487
5. Sinfonía	502

Ilustración: Alshira

Apuntes históricos. Los vikingos y el Mediterráneo 519

4. Tetraktys - Pitágoras (s VI a. C.)

Capítulo 5

5. EL ESPEJO DEL ALMA

Año 1111 - Monasterio de Santa Catalina en el Sinaí

1. La línea del horizonte..... 552
2. El sentido del camino..... 571
3. Los nudos del azar 590
4. La mirada del mundo..... 609

Ilustración: Ulises

Apuntes históricos. La Iglesia católica 629

5. Atman - Brahman (s VI a. C.)

Capítulo 6

6. LA PRESENCIA DEL MOMENTO

Años 1112 a 1117 - Monasterio de Santa Catalina en el Sinaí

1. Aprender del pasado 649
2. Entender el presente 684
3. Descubrir el futuro 720

Ilustración: Megido

Apuntes históricos. Hechos relevantes 757

6. Cosmos - Gautama (s VI a. C.)

Capítulo 7

7. EL NOMBRE DE DIOS

Año 1117 - Del Sinaí a Jerusalén

1. En el principio existía la palabra y la palabra estaba con Dios. Y la palabra era Dios 776
2. Dios en su quinto mandamiento le dijo al hombre: «No matarás». Y el hombre en nombre de Dios mató 837

Ilustración: Cábala

Apuntes históricos. Los judíos y la Cábala 899

7. Magia - Un iniciado (s VI a. C.)

Capítulo 8

8. LOS HILOS DEL DESTINO

Años 1117 a 1134 - Jerusalén

1. Amarás a Dios sobre todas las cosas. 919
2. No pronunciarás el nombre de Dios en vano 932
3. Santificarás las fiestas 946
4. Honrarás a tu padre y a tu madre. 960
5. No matarás 973
6. No cometerás actos impuros. 987
7. No robarás. 1001
8. No darás falsos testimonios. 1015
9. No consentirás pensamientos ni deseos impuros. . . 1029
10. No codiciarás los bienes ajenos. 1043

Ilustración: Pandora

Apuntes históricos. Tierra Santa 1059

8. Karma - Buda (s VI a. C.)

Capítulo 9

9. LOS VERSOS DE PANDORA

1. Maya - Bosques de Bodhgaya, India..... 1079
2. Nur - Montañas Elburz, Irán.....1084
3. Pandora - Maya.....1089
4. Alshira - Recuerda, Soria.....1094
5. La Caja de Pandora - Pandora.....1099
6. Tareq - Montañas Elburz, Irán..... 1105
7. Esperanza - Pitágoras.....1110
8. Rodrigo - Cañón del río Lobos, Soria.....1115
9. Los versos de Pandora - Abracadabra1121

Ilustración: Maya

Apuntes históricos final. La misteriosa ermita de San Bartolomé, en el río Lobos, Soria 1127

Capítulo I

La línea del horizonte
está allí, y a la vez está aquí,
pero nunca puedo alcanzarla.

La realidad es como aire
que me envuelve por todas partes
y por dentro alimenta mi vida.

Aire tejido con hilos de horizonte.
Por eso me viste y no lo noto,
y aunque lo toque no lo agarro.

1. LA LÍNEA DEL HORIZONTE

La Historia es como un bello espejismo en el desierto. Nos saluda con una fantástica nitidez desde la distancia, pero según nos acercamos a ella se disuelve entre todas las perspectivas que rodean cada momento y cada lugar. Diversos puntos de vista entretejen las incontables líneas de sucesos que escriben las páginas de lo que ha acontecido. El libro de la Historia es igual de contundente desde la distancia que de inaprensible en la cercanía. Si ni siquiera sabemos lo que sucede realmente en nuestro presente, ¿cómo pretendemos saber lo sucedido de verdad en el pasado?

El destino tuvo a bien regalarnos la ilusión de un pasado y de un futuro para que podamos anclar en ellos el sentido de nuestras vidas, de la misma forma que el viajero se guía por la línea del horizonte para decidir su rumbo, y cuando mira hacia atrás puede ver con satisfacción como otra línea dibuja ilusoriamente lo que ha dejado atrás. En el horizonte, no hay detrás ni delante, como tampoco existen un pasado ni un futuro escritos con nitidez. Dos viajeros recorriendo el mismo camino escriben historias complejamente distintas. Sus pasos se marcan a distintos ritmos, sus pensamientos resuenan con melodías diferentes, sus emociones revolotean impredecibles como un pájaro o un insecto. Cada viajero enhebra su propio hilo, cada hebra incorpora su nota particular de color y densidad al telar del tiempo. Las historias de todo lo que acontece, y de todos los lugares, se hilan con automática precisión en el ovillo que nutre este telar. Pero lo que acontece es mucho más sofisticado de lo que somos capaces de imaginar. Lo que acontece es un amasijo de los sucesos, decisiones, pensamientos, emociones e intenciones de cada viajero y de sus repercusiones sobre otros viajeros; también sobre los lugares, y sobre los momentos. Una buena acción aquí, un mal pensamiento allá. Todo se trenza conformando el curso de nuestra vida. Pero no solo los acontecimientos son complejos, también lo son los lugares. Las cosas ocurren donde nos hallamos, pero también ocurren donde ubicamos cada pensamiento o don-

de arraigamos cada emoción. En definitiva, el tiempo es una experiencia de la consciencia y la Historia es su inercia.

Todo se entrelaza con sutil precisión tejiendo el hilo de nuestra realidad. La malla resultante se extiende desde el principio hasta el final, desde el antes hasta el después; nos abraza como una madre a un bebé, con tal intensidad que se convierte en lo único que importa. Las almas recién nacidas acogen este abrazo con amorosa necesidad porque proporciona seguridad ante lo desconocido. Cuando crecemos lo suficiente como para relajar un poco este abrazo, un miedo frío nos invade porque ya no reconocemos lo que vemos, ni dónde estamos, ni qué ha pasado, ni qué va a pasar. Entonces, la mayoría prefiere volver a acurrucarse en el abrazo de su malla, incluso le implora volver a ser pequeño, abrigado por las complejas historias de su realidad conocida. Así ocurre hasta que alguien madura lo suficiente como para descubrir cosas que no se explican muy bien con palabras, donde las líneas del horizonte dejan de estar lejos, y el antes y el después se enamoran en el presente.

A Maya le encanta acurrucar a sus bebés. Es posible que al principio se resista a aceptar cómo sus niños se independizan de ella pero, al final, el mayor orgullo de una madre es ver a sus hijos crecer y cumplir con su destino.



I. Perspectiva

Año 1107. En algún lugar el desierto. Norte de África

El aire del desierto era sólido como la arena sobre la que se apoyaba. La línea del horizonte estaba quieta, pero se movía. El cielo era azul y el sol desparramaba su calor y su luz con una generosidad excesiva.

Tareq era un beduino de dieciséis años que se enfrentaba a una grave decisión, una decisión que cambiaría el destino de su familia, y el de su propia vida, una decisión que nadie podía ayudarle a tomar. El muchacho oteaba el horizonte anhelando que aquella inmensa quietud le proporcionase alguna pista sobre el rumbo correcto a seguir.

Se había sentado sobre una duna de aquellas tierras millonarias en arena y en nada más. Miraba el sol poniente, inmóvil. Era una diminuta mancha de color oscuro sobre una infinita playa de soledad sin mar. El único movimiento de ese cuadro pétreo era el enorme disco de luz que caía con vértigo lento más allá de cualquier sitio. Al atardecer, como todos los beduinos, podía mirar al sol directamente a la cara. Sin embargo, Tareq, a diferencia de la mayoría de los habitantes del desierto, notaba que el sol también lo miraba a él. Aquel valiente disco, que se despeñaba un día tras otro por lugares ubicados fuera del fin del mundo, se estremecía sutilmente como una piel siendo acariciada. Sus colores blanco y amarillo saltaban de uno a otro jugando abstraídos, aprisionados por un círculo del que no lograban escapar, ajenos a la gigantesca velocidad de su lenta caída. Para Tareq, el sol palpitaba como un ser vivo, que le guiñaba su enorme ojo con párpados de deslumbramiento. Pronto chocaría con la línea del horizonte, la contusión derramaría sangre, lo transformaría en una gran bola naranja y roja que mancharía el cielo con los restos de su herida.

El joven cerró sus ojos, oscuros como la tierra mojada, y respiró profundamente el viento del desierto. La decisión había sido tomada.

Había una diferencia entre el desierto y cualquier otro lugar: el silencio. Un silencio geológico y tan callado que Tareq podía escuchar sus sensaciones como si fueran gritos expresándose con rotunda claridad. Ya no tenía ninguna duda. Debía marcharse. No entendía muy bien por qué, ni para qué, ni siquiera a dónde, pero sabía que tenía que marcharse. Su certeza era hipnótica y sobrecogedora, tan real como el enorme sol que se estrellaba delante de él. Era consciente del conflicto que iba a generar en su familia. El resto de la gente no era como él, no entendía el lenguaje de las sensaciones como él. Tareq le debía la vida a ese lenguaje. No tenía intención de ignorarlo; bueno, realmente tampoco sería capaz de lograrlo. Sin duda haría daño a su familia, pero taparse los oídos no acallaba las palabras que se pronunciaban en su interior. No podía engañarse a sí mismo.

Se sintió muy solo, pero el desierto acudió en su ayuda y abrazó su soledad. El sol le envió un último guiño mientras desaparecía. Tareq sonrió y sus sensaciones lo animaron a levantarse y alzar los brazos en alto. Un jirón de viento que pasó por allí lo saludó jalando sus ropas. Otros jirones despistados llegaron detrás de aquel, jugueteando por el desierto. Todos se detuvieron para, aunque fuera levemente, dar un pequeño revoloteo de despedida a sus ropas. Tareq estaba orgulloso de sí mismo. La decisión era difícil pero había sido tomada. Olas de plenitud rompieron gentilmente contra las arenas del desierto. A las sensaciones les gustaba ser escuchadas.

Esa noche los ánimos estaban agitados en torno a la jaima del beduino. Los sirvientes pululaban intranquilos preparando la cena. Alshira, la única hermana de Tareq, caminaba de un lado a otro nerviosa. Ella era la niña de la familia, aunque hubiera cumplido ya doce años. Cualquier huésped ajeno a aquella casa no habría notado nada raro en aquel pequeño campamento del desierto. La rutina seguía su curso con plomiza cadencia, aplastando cualquier atisbo aparente de cambio. Sin embargo, la inquietud saltaba de las chispas de unos ojos a otros, mientras ardía la incertidumbre en sus cabezas.

Tareq había llegado esa noche bien pasado el atardecer tras pasar tres días fuera, solo, en el desierto. Se había ido a cazar pero no había traído nada, lo cual no era necesariamente anormal, ya

que la caza era difícil. Alshira se dio cuenta de que no le faltaba ninguna flecha, lo cual tampoco era necesariamente anormal, ya que no había cazado nada y su hermano no solía perder las flechas, ni tampoco desperdiciarlas. Fue aquella mirada, y una velada sonrisa, la que produjo un vértigo en el estómago a Alshira. Al entrar en el campamento, su hermano se detuvo un rato más de lo habitual.

–Alshira –le dijo–, hoy cenaremos todos juntos.

Pero no fueron sus palabras sino sus ojos los que le hablaron, esa mirada que casi no había visto desde aquel incidente, cuando eran pequeños y ella tenía cinco años y él nueve. Desde aquel día, Tareq, con apenas nueve años de edad se convirtió en el «sidi», el señor de lo que restaba de su pequeño clan. Realmente no había ningún motivo para sentir desazón alguna esa noche, pero Alshira notaba que sí lo había. Y en un campamento tan pequeño, donde todos se conocían tan bien, las emociones no necesitaban viajar a bordo de ninguna expresión. Había sido Alshira, con su desazón, la que había creado un incendio de incertidumbre entre los demás miembros de esa enjuta familia: su madre, Alaia, su hermano pequeño, Zayd, y los dos sirvientes, Abú y Alí, que eran padre e hijo. Ellos eran todo lo quedaba de su clan.

Llegó la hora de cenar.

Tareq, sentado junto a un fuego que crepitaba bajo la noche estrellada, se dejaba embelesar por la hipnótica danza de las llamas que lo distraían, sin conseguirlo del todo, de la agitación de sus seres queridos. Esa noche una nueva vida comenzaría para todos. El modesto campamento de cuatro tiendas, un pequeño huerto, una docena de cabras, varias gallinas, cinco camellos, el rancio pozo, que tanto esfuerzo supuso cavar y limpiar y que le costó la vida al otro hijo del sirviente Abú, el lugar donde murieron su padre y su hermano mayor... todo aquello pronto serían recuerdos. Tareq deseaba alargar el tiempo, convertir las horas en días y los días en semanas, seguir disfrutando de la reposada serenidad y de la abundante austeridad que definían su vida cotidiana en aquel campamento que había sido su hogar durante siete años. Se preguntaba por qué tenía que romper esa estabilidad y machacar así su núcleo familiar. Todo por una sensación tan sutil como el res-

balón de unos granos de arena cayendo por una duna. Alshira se había dado cuenta. ¿Cómo no?

Nadie del clan pegaría ojo si no hablaban esa noche. Tampoco él conciliaría bien el sueño pues las sensaciones se volvían impacientes e inquietas una vez que se manifestaban y se sabían escuchadas. Hablar nunca había sido su fuerte. Habitualmente le bastaba con sentir a las personas, le gustaba mucho escuchar y le encantaban las historias, pero hablar no. Ya desde muy niño se sintió comunicado con su entorno sin necesidad de emplear demasiadas palabras, aunque, tras la muerte de su padre y de su hermano mayor, cuando se convirtió en el cabeza de familia, tuvo que hacer un esfuerzo por cambiar. No le importaba hablar si tenía que hacerlo, pero no encontraba en la charla el mismo placer que su hermana Alshira. Había días, no muchos, en los que se le ocurrían historias, y se lo pasaba muy bien compartiéndolas con los suyos con todo lujo de expresivos detalles; sin embargo, aquel no era precisamente uno de esos días.

Levantó la vista del fuego y encontró cinco pares de ojos que lo esperaban sentados. Los recorrió sin prisa, reconociendo en ellos el acatamiento de cualquier decisión que ya hubiese tomado, a pesar de que tuviera apenas dieciséis años de edad. Las circunstancias le habían nombrado cabeza de esa familia demasiado pronto. Aun así, durante los años transcurridos había validado la posición que se le adjudicó por derecho con el respeto de su clan. Este sentimiento tintaba esas miradas ávidas de desentrañar sus palabras, unos goznes hechos con sílabas sobre los que pivotaría el próximo giro de sus futuros.

—Mañana comenzaremos a recoger el campamento. Iremos a una ciudad. Y ahora cenemos —indicó Tareq por toda explicación.

No añadió nada más. Cada uno de los integrantes de esa pequeña isla humana recibió la decisión como un inexorable grillete que atenzó sus destinos y contrarió su presente. Decenas de interrogantes se agolpaban en las gargantas de cada uno, pero el respeto por la decisión del jefe mantenía sus bocas cerradas. Las preguntas rebotaban contra los dientes apretados y resbalaban de vuelta por la garganta dejando un regusto ácido. ¿Qué habría pasado? A Tareq no le gustaban las ciudades. No pasaban graves

necesidades en su pequeño oasis. No había ninguna razón para marcharse de allí.

Alaia, la madre de Tareq, supo que Alshira iba a empezar a bombardear a su hermano con todo tipo de preguntas. Una decisión así tendría sus motivos, aunque no los entendieran en ese momento. Tenía que dejar el espacio y el tiempo para que Tareq se explicase. Ella conocía bien a su hijo y sabía que estaba haciendo un gran esfuerzo para expresarse.

—Alshira, parte un poco de queso de cabra y sirve algo de leche de camella a tu hermano.

Alaia atajó así la tormenta de pensamientos de su hija. Ella agradeció la distracción y entendió el mensaje de su madre. Abú era un siervo ya viejo, un poco mayor que Alaia, que se había criado con el padre de Tareq. Conocía muy bien a la familia. De hecho, a pesar de ser un siervo se consideraba como un segundo padre para Tareq y sus hermanos, además de una buena compañía para la solitaria y vieja Alaia desde la muerte de su marido. Abú leía en Tareq como en un pergamino, aunque no entendía todas las cosas que era capaz de ver en ese hijo del desierto. Abú era la única persona entre los allí presentes que podía ayudar a Tareq a romper el hielo y a establecer una conversación sin menoscabar el respeto que le merecía. Alaia, que de todo se percataba, miró a Abú y le ofreció un vaso de leche. Este asintió en agradecimiento al permiso tácito que la matriarca de la familia le concedía para intervenir.

—Señor, ¿deberemos esconder algunas cosas en las cuevas o deberemos cargar los camellos con todas nuestras pertenencias?

Tareq miró a Abú, miró a su madre, a su hermana, a su hermano Zayd y a Alí. Quería mucho a su pequeña familia, más de lo que se atrevía a reconocer. Notar como querían entender su decisión y a la vez mantener el respeto que le debían hacía latir su corazón con fuerza. Se sentía mal por no ser algo más versado con las palabras, pero en esos ojos que tenía frente a él la sonrisa era más poderosa que la angustia. El amor era un poderoso aliado cuando uno debía enfrentarse a sus propias limitaciones.

—Abú, recogeremos todas nuestras cosas y partiremos mañana mismo —hizo una pausa—. Sin embargo, hay unas cosas que me gustaría discutir ahora.

Sería una larga noche de conversación.

Alaia sonrió orgullosa de su hijo. Le gustaba mucho verle ejerciendo de cabeza de familia. Alshira estaba muy nerviosa, acosada por la sospecha de un futuro que no se atrevía a plantearse. Al fin y al cabo, ella a sus doce años ya era una mujer, aunque muchas veces lo olvidaba, cobijada dentro de ese pequeño oasis en el que había vivido desde niña. Abú miraba a Tareq con la curiosidad de un crío estudiando un gusano que se ha convertido en mariposa. El muchacho nunca dejaba de sorprenderlo. Zayd, el hermano de Tareq, tenía ocho años. No quería salir del todo de las faldas de su madre, no le gustaba la caza y prefería ocuparse del huerto. Le preocupaba el cambio, porque podía ser a peor. Empezar cualquier camino nuevo sería duro y supondría trabajar mucho, y a él no le gustaba hacer esfuerzos innecesarios. Alí era dos años menor que Tareq, catorce años, y era todo lo buen amigo de él que podía ser desde su condición de siervo. Lo admiraba y lo envidiaba, pero lo quería mucho más que todo aquello. Muy pocas veces había sentido ganas de marcharse de allí. También contribuía a su fidelidad el hecho de que su padre, Abú, estuviese enamorado de Alaia. Creía que ella también lo estaba de él en cierta manera, aunque con menos intensidad que su padre, y en secreto, desde luego. Todo esto no se hablaba, pero todos sabían que era así.

—Madre, sé que esperas que pronto despose a alguna mujer de otro clan, que nuestra pequeña familia crezca y vuelva a hacerse numerosa y poderosa; que retornen las glorias del pasado, de los tiempos de nuestros abuelos y de nuestro padre.

Tareq hizo una pausa.

Alaia empezó a sentir vértigo en el estómago. Entendió que su hijo quería levantar el campamento para acudir al zoco donde confluían las caravanas de esa zona y encontrar una mujer, pero el presentimiento de algo distinto, que quizá no le iba a gustar, fue empapando su turbante hasta convertirlo en una garra asfixiante y pesada alrededor de su cabeza.

—Pero no nos vamos solo por eso —prosiguió Tareq—. He escuchado una llamada. Es una llamada distinta. Tengo que marcharme, no sé a dónde, no sé por qué; solo sé que es ahora. Estos últimos tres días no he dejado de pensar en las consecuencias de

esta sensación. He querido ser sordo a ella pero no puedo. Es un grito demasiado fuerte, como el golpe del sol al estrellarse en el horizonte.

Se quedó callado comprobando cómo la llamada seguía palpitando en su sangre, y cómo el mensaje, al pasar por su corazón, convertía cada latido en un dolor sordo y rítmico. Los ojos de su madre se habían transformado en ventanas de resignación por las que se asomaba una vieja solitaria que, de repente, tenía el doble de edad. Ella conocía a su hijo y su hijo era así, para bien o para mal. No había argumentos, no había leyes ni súplicas capaces de liberar a Tareq de la prisión de una sensación. Hasta ahora, esas percepciones tan particulares de su hijo habían sido una fuente de anécdotas, de historias que amenizaban las noches junto a la hoguera, pero ahora estaban afectando gravemente a la familia y al futuro de su exiguo clan, que sin Tareq perdería toda esperanza de renacer. Sin embargo, ella, Alaia, acataría la decisión de su hijo. El silencio fue el lenguaje de su respuesta; sus palabras carecían de fuerzas como para ni siquiera asomarse disfrazadas de gemido.

A Abú le daba igual si vivían ahí o en cualquier otro sitio, pero no entendía cómo ese bruto e insensible de Tareq podía causar un daño así a su madre. ¡Todo por escuchar una estúpida sensación! ¿Y qué sensación le daba ahora el dolor de su madre? Abú nunca habría osado tener una muestra de cariño con Alaia en público; no solo sería irrespetuoso, sino que constituiría un grave delito, ya que él era un siervo. Las leyes de los habitantes del desierto no eran muchas pero eran tajantes. El brazo de Abú se levantó temblorosamente retando a las férreas leyes que lo encadenaban en su sitio. El sufrimiento silencioso de esa vieja a la que tanto quería transmutó en aire las toneladas de hierro social que lo inmovilizaban. Su brazo rodeó el cuello de Alaia calmando la angustia que se podría tras la absurda losa de obediencia de esa madre. Ella era la única que podía cuestionar la decisión de su hijo. Alaia se sorprendió al sentir el brazo de Abú pero lo agradeció y se dejó acurrucar como una niña pequeña asustada por la oscuridad.

A Tareq se le encendieron las entrañas al ver a su madre tan descaradamente abrazada por el siervo. Se ofendió por su falta de consideración, se indignó por el recuerdo de su padre, pensó en

el castigo apropiado para la osadía de Abú, pero su arranque de orgullo fue vencido por los ojos cerrados de su madre. Tras aquellos párpados claudicados contempló la resignación ante un triste destino, la muerte de toda esperanza. Él, en cierta forma, la había matado. Alshira agarró la mano de su madre para reconfortarla. Zayd, su hermano, los miraba alternativamente a él y a su madre, acurrucada en los brazos de un sirviente. No entendía muy bien lo que pasaba, ni por qué estaban todos tan callados, ni por qué su hermano no hacía nada al respecto.

—Tareq —dijo Zayd, que veía que su hermano no reaccionaba—, Abú está abrazando a mamá.

Alaia respiró hondo y mantuvo los ojos cerrados. No había castigo peor que lo que estaba pasando. Las leyes de las tribus nómadas eran implacables cuando se trataba de preservar la jerarquía social que facilitaba a los clanes su supervivencia en el inhóspito desierto. Alaia lo sentía por Abú, quien sin duda se llevaría la peor parte. El siervo estaba demostrando un gran valor y un amor más grande del que encajaba en la compañía que se hacían dos viejos mitigando mutuamente su soledad. El brazo de Abú la apretó con firmeza, con la determinación, no del que pretende recalcar un desafío, sino del que no tiene nada que perder y se consuela con reconfortar un poco más a la mujer que ama.

Fue en ese instante cuando Tareq fue consciente de que su decisión implicaba mucho más que un simple traslado. Él era el cabeza de familia. No podía dimitir así sin más. Si él se marchaba, todos se marcharían. La esencia de una familia era permanecer juntos, ¿o no? Necesitaría días para sopesar detenidamente las posibles alternativas, pero la cara interrogante de su hermano y el abrazo de Abú no podían esperar tanto tiempo. No tenía arrojo para castigar a Abú como prescribía la ley. Era como un padre para él. Nunca le había visto como un siervo. El viejo demostraba valor y un amor que parecía correspondido por su madre. Sin embargo, las leyes de las tribus del desierto eran más importantes y debían cumplirse sin excepción. Su hermano tenía que aprender que las leyes no se rompían bajo ningún concepto. Tareq tenía que encontrar una manera de que todos saliesen bien parados de esa situación.

–Zayd, hermano mío, antes he dicho que teníamos cosas que discutir. Y una de ellas es que Abú ya no es un siervo. Es un hombre libre de hacer y marchar donde quiera, igual que de permanecer entre nosotros. Y parece que ha decidido cuidar de nuestra madre. Pensábamos contarle esta noche, ¿verdad Abú?

Abú, que habría esperado cualquier cosa menos eso, se quedó petrificado, mudo. Su brazo se anclaba a su hombro como una pieza de decoración que hubiera olvidado transmitir el calor del cuerpo. Su estómago se contrajo con un reflejo, mientras una bocanada de aire escapó por su boca sin apenas tiempo para vestirse de palabra. Escucharon su «sí» como un sonido más de la noche, ajeno y distante. Alaia abrió sus ojos y miró profundamente a su hijo; incluso ella se había sorprendido. No podían salir adelante sin la ayuda de sus siervos y los criados tampoco sobrevivirían fuera del clan. De repente, Alaia sintió miedo. No estaba segura de si eso era lo que realmente quería; peor aún, no estaba segura de que Abú decidiese quedarse con ella una vez que hubiera asumido su condición de hombre libre. Pero el torbellino de su mente iba a ser barrido con rapidez por vientos más fuertes, ya que Tareq no había terminado de hablar.

Giró su mirada hacia Alshira y no solo la respiración sino hasta la sangre se detuvo dentro de aquella joven flor del desierto. Alshira tragó saliva, como para enjuagar el paso de un áspero destino del que siempre había sabido que no podría escapar, aunque hubiera conseguido esquivarlo hasta ese día.

Las tormentas del desierto, una vez que terminaban su periplo, esculpían un nuevo paisaje sin dejar ni un mínimo recuerdo de cómo estaban las cosas antes. Esta tormenta había escogido la forma de las palabras de Tareq. Esa noche, que lo estaba desnudando todo, arrebató el manto del olvido bajo el que se había ocultado Alshira con la facilidad con la que el viento volaba la arena fina.

–Alshira ya es una mujer –prosiguió Tareq–, y hace tiempo que deberíamos haber pensado en su futuro. Cuando vayamos a la ciudad será el momento de buscarle un buen marido, alguien que sepa cuidar de ella y que le dé muchos hijos sanos y fuertes.

Una parte de Tareq sabía que aquello era lo mejor para su hermana. Una mujer beduina no tenía otro futuro que su marido. Otra

parte de él se sentía triste y cargada con una desagradable sensación de traición. Esta parte era grande y difícil de ver. Todos habían estado engañando al tiempo, convirtiendo los días en semanas y los meses en estaciones para eludir la inevitable entrega de la niña de la casa a su inexorable destino. Todos querían mucho a Alshira, pero en el futuro Alaia moriría, Tareq y Zayd formarían sus propias familias, como era su deber; serían guerreros de algún clan mayor. Entonces Alshira habría perdido la frescura de su juventud y su belleza se agriaría como un buen vino que no se ha bebido a tiempo. ¿Y quién cuidaría de ella? No, no había otro camino para Alshira y todos lo sabían, incluida ella. El camino estaba tan claro que no hacía falta decir más.

Alshira miró a su hermano con los ojos enrojecidos por unas lágrimas que no se atrevían a salir por temor a la sequedad del desierto, o a que la noche desnudase aún más su confusión. Quería odiar a su hermano por lo que estaba decidiendo, pero sabía que aquellas palabras no nacían de él sino de todos los habitantes del desierto y del hecho de haber nacido mujer. Nadie de su pequeña familia se imaginaba lo feliz que era ella en ese oasis y lo poco que deseaba cambiar esa vida por esa otra que su madre le había explicado. A pesar de las explícitas charlas sobre su papel como futura esposa, no se sentía preparada. ¿Ya? No es que le molestasen esas obligaciones como futura mujer, esposa y madre, pero frecuentemente se imaginaba que había nacido chico, que acompañaba a su hermano Tareq a cazar, que podía perderse varios días en el desierto ella sola, vivir aventuras, o escuchar una sensación y hacerle caso. ¡Vanas ilusiones que le hacían más mal que bien! No podía hacer nada al respecto; bueno, había una cosa que sí. Podía asumir su destino con frustración o con entereza. Para ella, la elección estaba clara.

—Lo sé, Tareq, y seré una buena esposa —fue lo único que comentó con una pequeña sonrisa.

Alshira era el alma de todas las veladas; muy dicharachera, contaba muchas cosas y sabía callar cuando debía. Tenía imaginación y era muy lista. Podría ser la favorita de cualquier jefe importante. Sería capaz de dominar el mundo a través de sus armas de mujer si así se lo proponía. Lo más bonito de ella era que no paraba

de reír. Por eso, esa pequeña sonrisa con la que adornó sus pocas palabras cayó sobre la familia como una pesada losa, oscura como sus pieles.

El fuego dejó de lamer el aire y se refugió inquieto entre las brasas. Allí las removió con un palo y todos aprovecharon la ocasión para dejarse hipnotizar por la punta de ese palo que jugueteaba con los trozos de madera incandescente. Intentaba destapar el escondite de las llamas para atizarlas y que se animasen a continuar su danza nocturna. Y así las mentes de todos se relajaron un rato; sus respiraciones anhelaron el aire, aunque no exactamente con fuerza, sino más bien con profundidad y con el deseo de fotografiar un lugar y una vida que ya nunca sería igual.

Así pasó un buen rato hasta que la voz de Zayd quebró tímidamente silencio.

—Tareq, ¿qué vamos a hacer si te vas? ¿Tenemos que ir contigo? ¿A dónde has pensado que tenemos que ir? O, si quieres, a lo mejor puedes ir tú y nosotros te esperamos aquí. Abú y Alí nos pueden proteger hasta que vuelvas.

Tareq tardó un rato en contestar. Cada uno se había sumido en sus propios pensamientos y, aunque una parte de sus mentes seguía inquieta, ese estado de ensimismamiento narcotizaba la ansiedad. Tareq había dado un salto al vacío. Una vez dado el primer paso, la caída era irremediable en toda su extensión; quizá lo único a lo que podía aspirar era a intentar aterrizar bien. Haberle concedido la libertad a Abú era un camino que ya no se podía desandar. El destino de Alshira era otro camino sin retorno que tampoco se debía retrasar.

—Zayd, Abú es un hombre libre ahora. Puede decidir marcharse o quedarse. Y mi obligación es cuidar de vosotros. No puedo cuidar de vosotros si no permanecemos todos juntos. Este nuevo rumbo en nuestras vidas es demasiado importante para todos. Yo tomo la decisión, pero me gustaría escuchar vuestros pensamientos.

Abú fue consciente en ese momento de su libertad y también Alaia, que sintió con dolor que todo ese compañerismo compartido quizá no había sido más que una cariñosa servidumbre. Alshira no tenía nada que decir, ya que su futuro estaba tallado en roca y la

única incógnita era de quién sería mujer y esposa, lo cual tampoco era un factor demasiado relevante. Allí no sabía cómo reaccionar y miraba a su padre como si de repente se hubiera convertido en un ser de otro planeta. Zayd sentía que sus preguntas seguían sin ser contestadas pero prefería esperar un rato antes de reformularlas, ya que, a pesar de su juventud era consciente de que se estaban moviendo mundos enteros debajo de aquellas palabras. Abú dejó de envolver con su brazo a Alaia y se puso lentamente en pie. Levantarse antes que el señor, o sin permiso, era una falta de respeto, pero según alzaba su cuerpo notó cómo caían rotas las cadenas de su esclavitud; cuando por fin se irguió, creyó que podía volar y tocar las estrellas de lo ligero que se sentía. Alaia respiró profundamente y se mantuvo con entereza en su sitio, mirando como ese hombre, al levantarse, alzaba entre ellos un muro de cruda realidad detrás del cual ya no tenía ninguna obligación de amarla ni de acompañarla. Las cadenas rotas cayeron sobre su estómago como un pesado puñetazo y se oxidaron al instante dejando un regusto a herrumbre en su interior. Entonces Alaia se dio cuenta de que Abú le importaba más de lo que se habría atrevido a reconocer, ni siquiera a sí misma, y rezó para que su hijo no percibiese ese hueco tan grande, que estaba lleno de amor y que gritaba como si le hubiesen arrancado la carne. Miró a Abú mientras se levantaba, pero la vista le dolía y buscó con celeridad las llamas del fuego para que la hipnotizasen rápido. Pero los brillos ígneos decidieron ignorarla y ella volvió a rezar para que nadie se diese cuenta de lo que le pasaba por dentro.

A Tareq le dio un vuelco el estómago al ver como se levantaba Abú. Durante un instante sintió unas ganas irrefrenables de agarrar su espada y cortarle la cabeza; sus músculos se tensaron e instintivamente su mano amagó con dirigirse al mango del sable que siempre mantenía cerca, hasta en familia. Allí pareció ser el único en darse cuenta y compuso una mueca de horror ante lo que podía suceder. Pero Tareq contuvo su brazo con una voluntad que pudo más que el amasijo de pensamientos que cortocircuitaron su cabeza en ese instante. El pensamiento que imperó fue la coherencia. Si le había concedido la libertad a Abú, lo que estaba pasando no podía ser considerado una falta de respeto. Sin embargo, la situa-

ción era aún más grave, ya que Tareq le había concedido la libertad para que estuviese con su madre y no para que decidiera marcharse; aunque por otro lado la libertad era eso, libertad.

Un grito de reproche procedente de la raza de los hombres del desierto atronó silencioso en la noche, alegando que solo un auténtico beduino podía ser libre, porque nunca faltaría a sus obligaciones, ni desobedecería las leyes escritas en las arenas desde los tiempos más antiguos. Cada vez que algunos de esas otras razas de buscavidas y regateadores ganaban la libertad, pululaban como bichos en busca de la mejor sombra donde cobijarse, vagando sin agradecimiento entre nuevas sombras o dejándose seducir por meras promesas de penumbra.

La ira de Tareq se transformó en desprecio con rapidez y se convirtió en flechas que salieron disparadas de sus ojos persiguiendo el alzamiento de Abú, mientras su cuerpo permaneció inmóvil, castigado por las consecuencias de todo lo que estaba sucediendo por su culpa. No se atrevía a mirar a su madre, que había enterrado su mirada tras un telón igual de espeso que la tierra que sepultaba a los muertos en sus fosas.

—Voy a dar un paseo —dijo Abú, intentando suavizar con el respeto de la educación la violencia de su libertad.

Se giró, contestado por un silencio sepulcral, y se alejó despacio, dando cada paso con pesadez como si fuese el último, temiendo en cualquier momento oír el susurro de ropas que no fueran suyas, un silbido en el aire, y contemplar su cuerpo sin cabeza atreviéndose a dar un paso más antes de perder el equilibrio. Un sudor frío caía por su espalda, pero enseguida la noche oscura lo abrazó lo suficiente como para secar su miedo. Una palmera lo ayudó a no desmayarse y a sujetar la ligereza de una libertad que podía haberle elevado a los cielos con más contundencia de lo que quería imaginar. Abú conocía demasiado bien a Tareq como para saber los sentimientos que se estaban desbordando tras su precipitada decisión.

Allí quería levantarse, acompañar a su padre y hablar con él para pensar juntos y ayudarlo con una libertad que le quedaba grande, y también para asegurarse de que no iba a quedarse solo allí, siendo un esclavo para el resto de su vida. Pero tenía claro que si movía un músculo, uno solo, en ese momento y sin permiso,

sería lo último que haría en su vida, así que se quedó petrificado sin atreverse siquiera a seguir a su padre con la mirada, y notando por el rabillo del ojo como se lo tragaba la oscuridad. Se sintió fatal porque nunca hasta ese momento había sido consciente de lo que significaba ser un esclavo. Siempre había estado a gusto con su condición de siervo; se había criado en esa vida, con un grupo de gente que le quería. Allí, en su pequeño oasis, cada miembro del clan, ya fuera siervo o señor, cumplía con sus respectivas obligaciones y con una serie de normas que, si bien eran distintas para cada uno, los ataban a todos por igual. Todos estaban obligados a realizar sus tareas para que el grupo pudiera sobrevivir. La responsabilidad y la dureza del entorno eran las mismas para todos.

–Zayd –dijo Tareq utilizando sus palabras como una espada para desbrozar la densidad de sentimientos que pesaban sobre cada uno–, mañana temprano te encargarás de supervisar cómo se recoge el campamento y de que todo quede bien embalado. Tienes que empezar a asumir las funciones de un hombre del desierto –recalcó con intención de enfatizar unas diferencias que no hacía falta enumerar–. Nos iremos todos juntos, como una familia, y nos instalaremos en otro sitio. Somos nómadas, movernos forma parte de nuestra existencia.

Zayd asentía y tomaba buena nota de su tarea. Estaba contento de tener en qué pensar para organizar bien la recogida. A Alshira le pasaba lo mismo.

–Creo que es mejor que nos vayamos a dormir, así mañana comenzaremos temprano y podremos hablar más por el camino.

Tareq se levantó y miró en la dirección en la que se había marchado Abú, viendo más allá de la oscuridad. Cuando bajó la vista encontró la mirada de su madre que le suplicaba paz. Ya habían tenido bastante. La vieja le rogaba silenciosa para que todo se quedase por lo menos igual. Alí lo miraba asustado, pero retiró rápidamente la mirada y se arrastró a ayudar a Alshira y a Zayd, que se apresuraron a recoger la cena y a desaparecer en sus tiendas. Tareq se acercó a Alaia y la ayudó a incorporarse con ternura, culpa, pena y decepción.

–Madre...

Ella atajó a Tareq con un leve movimiento de su mano y, aunque no rechazó la ayuda de su hijo, se escurrió de su cariño y se marchó despacio pero avanzando con tesón hacia su tienda.

Tareq se quedó solo, de pie, mirando al fuego que ya estaba durmiendo acurrucado entre los rescoldos de brasa. No entendía el daño ni todo el trastorno que había causado. No entendía por qué su decisión de partir había resultado tan destructiva. Había hecho y dicho lo que debía en cada momento. Seguía teniendo esa sensación de certeza que le indicaba su nuevo rumbo con la claridad con la que el sol señalaba los puntos cardinales. Pensó en ir a buscar a Abú pero su dignidad le explicó que un hombre del desierto no debía mezclarse con cierto tipo de calaña y que era mejor dejar las cosas como estaban. Lo mejor sería retirarse a dormir, o por lo menos a intentarlo, ya que dudaba que nadie fuese a dormir demasiado bien esa noche.

Dio un corto paseo para desasosegarse y luego se encaminó a su tienda. Antes de entrar, una inquietud anidó en su pecho, un sutil olor eclosionó en su nariz y un sonido inaudible despertó sus oídos. Supo quién era. Desenvainó la espada en silencio y se aproximó a la entrada de su tienda con el sigilo de una sombra movida por las nubes.

Abú esperaba a Tareq dentro de la tienda, completamente tenso, intentando anticipar su llegada, apenas respirando porque le parecía que el aire que entraba por su nariz hacía un ruido ensordecedor. Se estaba jugando la vida. El éxito de su estrategia se basaba en tener el tiempo suficiente de pronunciar una frase. Si Tareq lo sorprendía en su tienda sin autorización después de todo lo que había pasado, no tendría ni el tiempo de abrir la boca. Por esa razón debía concentrarse en detectar su llegada y en decir su frase antes de que aquel adolescente que los lideraba apenas se asomase a su tienda. Se había situado en el centro de la jaima, vigilando atentamente la entrada para detectar cualquier contraste en caso de que el sonido no fuese lo suficientemente delator de la llegada de Tareq.

La noche y el campamento conversaban en su propio idioma. La brisa esporádica susurraba en las palmeras y los durmientes hacían sus ruiditos al moverse o al respirar con la fuerza del sueño

profundo, aunque esa noche en particular se comunicaba más inquietud que ronquidos.

A Abú le pareció oír caricias sobre la tela. Agudizó la atención pero se dio cuenta que eran las hojas de las palmeras o un jirón de brisa rascando las tiendas. Pensó en Alaia, pero desterró su recuerdo para no perder la concentración. Pensó en su hijo Alí, pero también se lo sacó de la cabeza. Le agotaba la tensión de la espera. Empezó a dudar si era buena idea estar allí, pero ya era tarde para arrepentirse. Tenía miedo de que Tareq lo sorprendiera merodeando por su tienda. Se había metido en un callejón sin salida. Su cabeza no paraba quieta ni un momento. Trataba de concentrarse en el sonido y entonces se daba cuenta de que no se fijaba en el contraste de la entrada con la noche; cambiaba la atención a la vista pero se aburría de no ver nada y su cabeza se llenaba de pensamientos absurdos, inconexos e inevitables; volvía a los sonidos del campamento pero, como no le decían nada, los vagones de pensamientos retornaban a su traqueteo.

Ya había pasado mucho rato y el cuerpo le dolía de estar de pie y en tensión. Necesitaba moverse. Empezó a considerar que Tareq había decidido quedarse fuera meditando sobre lo sucedido o bien durmiendo al raso bajo las estrellas. Lo hacía de vez en cuando, ¿por qué no esta noche con todo lo que había pasado? Tendría mucho sobre lo que pensar. Abú decidió avanzar un pie muy despacio y sin ruido para marcharse de allí pero se detuvo en seco antes ni siquiera de iniciar el movimiento de adelantar su pierna. Una mano se apoyó sobre su hombro desde su espalda con suavidad y firmeza. Notó como un calor agradable resbalaba por su entrepierna, pero hizo un esfuerzo sobrehumano y pudo contener parte de su pis.

—¿Qué querías Abú? —le susurró Tareq al oído.

La voz le recorrió la columna y se derramó en su cabeza con una suavidad mortal. Abú notó su cabeza como un espacio que se volvía muy grande y donde los trenes de pensamientos habían desaparecido como si nunca hubiesen pasado por allí. Percibió claramente el contraste de la noche contra la entrada y pudo adivinar más allá unas palmeras, aunque no estaba muy seguro de si las veía o de si sabía que estaban allí. El gigantesco espacio de su cabeza se llenó de sonidos que se colocaban ordenadamente creando una

imagen tridimensional de la situación. Su sangre le golpeaba los oídos como el ritmo del tambor que acompañaba a los condenados a muerte. Le envolvía la respiración, ahora perfectamente audible, del fantasma que estaba de pie detrás de él. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí? El olor de su orina le insultaba, pero le daba igual. Le parecía que el miedo duraba ya varios minutos, aunque solo había pasado un instante desde que había escuchado la pregunta de Tareq. No podía dejar escapar la oportunidad de responder y pronunciar esa frase que tanto había pensado.

—Señor, antes solicito vuestra hospitalidad y que acojáis a este hombre casi anciano, que se ha quedado solo en el desierto, bajo vuestra protección.

La hospitalidad era una ley fundamental en el desierto, probablemente una de las más sagradas. Ningún habitante del país de las arenas negaba su hospitalidad a quien se la solicitase, ni siquiera a un enemigo. A veces incluso ocurría que alguien que tenía una deuda de honor con un señor del desierto solicitaba su hospitalidad y quedaba bajo su custodia y a salvo hasta que con el tiempo el señor del desierto daba por saldada la deuda y lo invitaba a marcharse.

Tareq, que también necesitaba desahogar su tensión, se sintió satisfecho. Alguna parte de su orgullo se vio resarcida en ese momento. El incidente con su madre, su precipitada liberación del esclavo, la tensión que envolvía su decisión, el miedo de Abú... No sabía qué iba a hacer con aquel hombre; no quería hacerle daño, pero tampoco podía actuar como si nada hubiera ocurrido. Abú había obrado bien, conociendo las leyes del desierto, y había encontrado una buena salida para ambos.

—Estás bajo mi protección —le susurró Tareq—. No tienes nada que temer. Salgamos fuera y hablemos lejos de aquí. Ya hay demasiada inquietud en el campamento.

